



Taller de Lectura Argentina y Escritura

Roberto Arlt (1900-1942)

Selección de *Aguafuertes* (1928)

¡DONDE QUEMABAN LAS PAPAS! (7 de septiembre, 1930)

Ante todo doy las gracias a Dios o al Diablo, que me salvó mi pellejo. Se las doy rendida y humildemente. Con toda devoción...

Y ahora al grano...

Me encontré en el tiroteo del Congreso en compañía de los cadetes de la Escuela Militar, Gilberto Ferraro, E. Podestá, D. Bartolomé, Diego Cabrera, Carlos Monrad, G. Olsese y Diego Pizarro que en la salida del subterráneo trabajaban con los fusiles calientes.

Dije con los fusiles calientes. Sí. Estos bravos muchachos habían tirado tanto (cada uno traía 120 cartuchos) que el caño del máuser estaba caliente.

Conversación

Veníamos conversando con el teniente Muller y el teniente Labocat. Es necesario hacer constar que el teniente Labocat estaba enfermo hace tres días y se levantó, y envuelto en su capote militar se venía a pie desde San Martín. ¡Muchacho lindo! Con nosotros, como dije, también venía el teniente Muller, del que se me dijo, no sé quién, que era campeón de rugby. El teniente Muller había tomado la comisaría 29 en compañía de unos cadetes. El teniente

Labocat, al frente de sus cadetes, me decía:

- ¡Diga si ésta no es una fiesta...!

Efectivamente, de todos los balcones de callao les tiraban flores. Muchachas trajeadas como si se tratara de concurrir a una fiesta, abrían desde lo alto paquetes de bombones y los arrojaban a los caminantes, que desde las cuatro de la mañana no habían probado bocado, como no fuesen algunas naranjas, etc. etc.

Bueno: pasemos a lo otro.

Frente al Congreso

Frente al Congreso, es decir, frente al Molino, está el compañero y escritor Enrique González Tuñón con su esposa, la poetisa Carnelli. No había terminado de darle la mano cuando el grupo con el que venía el teniente Labocat; -llevemos orden- no sé quién hizo retroceder algunos pasos al cuerpo de ametralladoras del Colegio Militar, la gente comenzó a desbandarse y el grupo de cadetes, al frente del cual venían el teniente primero Muller y Labocat, cruzó corriendo en compañía de varios civiles hasta ocupar la primera escalinata derecha del Congreso. Inmediatamente dieron allí orden de cuerpo a tierra y todos nos tiramos al suelo, al tiempo en que los cadetes, frente a nosotros, se arrodillaban. ¿De dónde tiraban? No lo sé. Los primeros estampidos limpiaron la plaza, de la estatua que hay frente al Congreso bajaron corriendo particulares, entraron por Rodríguez Peña. Y, de pronto (aquí cabe el 'de pronto' porque continuamente se pierde la noción del tiempo) al levantar la cabeza vi un caballo, que pertenecía a una pieza de artillería, tirado en la calle a unos metros del refugio que hay en Callao y Rivadavia, hacia el Este. Varios oficiales estaban tras la pantalla de acero gris de la pieza de campaña, pues, era muy liviana. Creo calibre nueve.

Las esquinas y las cornisas caen

Si el tiroteo hubiera durado unos minutos, posiblemente no hubiera visto nada porque tenía un susto bárbaro, pero como se prolongaba, levanté cautelosamente la cabeza y vi esas

nubecitas de polvo que arrancaban de los muros los proyectiles. Pero antes de esto... antes de esto, casi todos creímos que los proyectiles llovían en torno de muestras piernas porque confundíamos los trozos de cornisa que caían del Congreso con el rebote de las balas. Y entonces pensé que podía salvar el pellejo. Me acordé de los santos, de la Virgen y me prometí cuidarme bien de volver a meterme en otra aventura, y luego empecé a comparar la diferencia que hay entre el sonido de las pistolas automáticas y el tla tla tla de las ametralladoras que hace así: Tla tla tla, mientras que los máuseres dan estampidos broncos y las pistolas automáticas un 'chas' seco. El cañón... ríase de Sin novedad en el frente. Bueno, si no se imagina cómo es el sonido de la ametralladora, diga usted seguido: tla tla tla... y verá.

La pierna dura

Hubo un momento en que sentí tal terror, que traté de taparme la cabeza con la pierna de un sujeto que estaba acostado a mi lado pero ¡maldita sea! Yo no sé si el sujeto estaba desmayado, tenía calambre o se había muerto del susto, el caso es que cuando le toqué la pierna, estaba fría y dura, y notando que era imposible levantársela ni moverla, volví suavísimamente la cabeza y vi que un teniente escabullido tras mío encañonaba con la Malincher un objeto invisible. Pero mi preocupación eran las balas que llovían. De pronto observé que lo que rebotaban a nuestros pies no eran balas sino esquirlas de cemento, y entonces me incorporé. De los altos de la confitería del Molino salían pequeñas nubecitas de polvo o humo. No sé.

Alegría del silencio

De pronto se produjo un silencio maravilloso. Todos nos incorporamos e íbamos en movimiento cuando nos grita un oficial que salió del lado donde estaba el cañón:

- ¡Nadie salga! ¡Todos al suelo!

Y de pronto comienza otra vez el terror del tlatla- tla-tla-tla-tlatla. Arrecia. Es una tempestad furiosa que no tiene lástima de carne. Los cuerpos se escabullen en el piso de cemento.

Vuelan las esquirlas. El corazón late terriblemente. El fuego de combate estremece el piso y de pronto, el sordo trueno del cañón insiste. El Congreso es un bloque cerrado sin una sola abertura. ¿Quién tira? ¿De dónde salen los proyectiles que han derribado al caballo? No se sabe. Por el suelo hay cápsulas de pistola. Hay agujeros en altos vidrios negros. Son nítidas ciertas desconchaduras de revoque. Sobre nuestros cuerpos llueven pedazos de cemento. Junto a una columna hay un hombre. Está vivo. No tiene ninguna herida pero escarba el suelo con el semblante rojo de miedo. Y no sé por qué no podía salir más de allí cuando nuevamente se hace el silencio.

El maravilloso silencio. De la confitería de la ópera salen corriendo personas y militares. Entran corriendo. ¿Se rinden? ¿Atacan? No se sabe.

Por la calzada hay cuerpos derramados. '¡Cruce de una vez!' me grita alguien. Salto. Estoy en la salida del subterráneo que da al Molino. Un cadete me dice: '¡Asesinos! ¡Están tirando de arriba!' Otro me dice: 'Sáquese el sombrero. Arrímese aquí. Nos están vichando'.

Otra vez comienza el tla tla tla.

Me dice el cadete Pizarro:

- Vea si hemos trabajado. Está caliente el caño.

Alguien murmura otra vez:

- '¡Asesinos! ¡Están tirando de arriba!'

Un subte cargado de gente se detiene. Me meto adentro de un salto. Al llegar a Sáenz Peña veo al cronista de Crítica, Mastropaolo. Él está en la estación frontera. Me grita:

- ¡Bajate, no sigas!...

Cavilo un instante y salto por la ventanilla. Pienso. Vamos al diario. No tenemos la suerte... Suerte, suerte, suerte... tla tla tla. Estoy mareado.

BALCONEANDO LA REVOLUCIÓN (8 de septiembre)

En el tranvía un coso le dice a otro:

-Yo también estuve en el tiroteo.

Bajó el tipo y en un montón de gente, veo a otro ciudadano que le copa la banca a un charlatán diciendo: 'Yo también estuve en el tiroteo' -de manera que hoy, mañana y pasado, vaya usted a donde vaya, escuchará esta semiheroica declaración: 'Yo también estuve en el tiroteo', y al final de cuentas, resulta que todos hemos estado en el tiroteo... y esto son macanas...

Incluso algunos manifiestan, con una de esas convicciones que son la consecuencia de la mula, que 'el tiroteo los impresionó algo'; pero nada más que algo. ¡Madre mía! Y yo, que también estuve en el tiroteo, juro que he visto caras de julepe y expresiones de terror que hubieran interesado fotogénicamente al más ciego director de escena.

Los que corrieron

Indudablemente, para rajar todos somos buenos, y estos días ha habido fulanos que sin grupo gambetearon la muerte que andaba suelta y bravosa por esas calles del diablo. El terror a las balas perdidas y el tableteo de las ametralladoras y el chasquido seco de las pistolas automáticas y la gente que tiraba con lo que tenía a mano, ha puesto ruedas en todos los pies; y en cuanto se escuchaba el estallido de algún neumático, se percibía a los ciudadanos que 'pantaban' vertiginosamente, mientras los negocios tomaban como primera providencia, el cerrar las puertas y bajar las cortinas metálicas.

Hubo algo luego que fue más impresionante, y eran los caballos sueltos en la tarde del sábado. Ahora, como tiroteo, posiblemente uno de los más terribles, fueron el del sábado a la mañana frente a La Época y a la tarde en el Congreso. El monumento que hay en la plaza estaba negro de gente. Pues al sonar los primeros tiros en la superficie gris de la calzada, se veía correr a muchos individuos. Alguno caía y no se levantaba, y en pocos minutos la calle Rivadavia se vio sembrada de caballos muertos. Junto al cañón 75 (yo creía que era de 90) había un caballo negro y rojizo que se desangraba despacito.

Flores y balazos

Esta revolución ha sido macanuda porque no tenía intervalos espaciados, donde los participantes pasaban bruscamente de un extremo a otro. Por ejemplo, en el recorrido de la calle Callao efectuado el sábado por los cadetes, todo iba en gloria pues en los balcones muchachas de todas las edades y matices pigmentarios, arrojaban chokolines, bombones, ramitos de violetas y de claveles. En la esquina de Callao y Sarmiento o Cangallo (no recuerdo bien) estaba don Manuel Güiraldes. La embajada peruana estaba embanderada como en día de fiesta, y lo que menos podía sospecharse era la rociada de balazos que nos esperaba en Callao y Rivadavia. En fin, aquello era un paseo, una revolución sin ser revolución; todas las muchachas batían las manos y lo único que faltaba era una orquesta para ponerse a bailar. La agresión que como se dice, partió el Molino, no tiene nombre.

En los barrios

Desde temprano anduve recorriendo la ciudad, y tuve la suerte de poder meterme en un camión que traía tropa. Pues al paso de los soldados que venían de Flores y que cortaron luego por Caballito Norte, no fue un camino de soledad, me miedo o de indiferencia, sino que, en todas partes, estallaban aplausos, y la gente se metía entre los soldados como si hiciera mucho tiempo que estuviera familiarizada con esta naturaleza de movimiento.

Particulares comedidos compraban bebestibles, y venían luego a repartir la botellería de bebidas sin alcohol entre la muchachada que se zarandeaba en los camiones gritando: '¡Cuidado con el seguro!' (se referían al seguro del fusil que boca arriba podía descargarse en cualquier golpe brusco o imprudente).

Pero los que estaban de fiesta, sin grupo, eran los chicos que al paso seguían a la tropa. Se veía a las señoras asomarse a las puertas de las casas, gritándoles a los pebetes que se volvieran; pero estos, haciendo caso omiso a la ley marcial del pesto materno, seguían con los perros y un palo el desfile.

Sensación de fiesta

En realidad, si esta revolución tuvo algo de tal, fue cuando se produjeron los choques frente a La Época y a la tarde en el Molino. Suprimiendo las persecuciones policiales y las barbaridades de gente que no se daba cuenta qué catástrofe podían provocar, el panorama popular era de regocijo y de fiesta. Era realmente cosa de decir: 'Tutti contenti'. La población había subido a las azoteas; los aeroplanos describían círculos sobre la ciudad y numerosas personas se dirigían al centro 'para mirar la revolución'. Y es que, si algo puede afirmarse de la población porteña es lo siguiente:

Somos o constituimos el pueblo más balconeador del planeta. Sin grupo. No nos afligimos por nada. No nos impresionada nada. Y si no, tres horas después de un recio tiroteo, basta recordar el sábado a la noche la Avenida de Mayo. Familias con las pebetas tomadas de las manos caminan despaciosamente, observando las escasas ruinas producidas por el movimiento. Señoritas en compañía de sus novios, miraban la hoguera que había frente al Molino hecha con mercadería de café. Automóviles con chapas de todos los parajes de la República hacían cola, uno tras otro, moviéndose despacio por la rua. Lo único que faltaban eran serpentinas. En serio. Serpentinatas y caretas. Y el orgullo con que la gente miraba a sus prójimos parecía decir:

- Bueno: ahora nosotros también tenemos nuestra revolución.

OREJEANDO LA REVOLUCIÓN (9 de septiembre)

¡La pucha que es jabonera la gente!

En cuanto terminé de engrullir un bife a caballo, o de caballo, salí a la rua y ahí nomás me atajó el restaurantero de la media cuadra a pedirme datos:

- ¿Así que estalló la revolución?

- Pero ¿usted cree eso? —y salí rajando para tomar un colectivo. Y en la esquina, mientras hacía tiempo, carpetié a unos venerables ancianos que en cabeza se habían venido con los 'fijos' para ver si por Rivadavia veían avanzar la revolución. Y me dije:

- Esta gente creará que la revolución, como en carnaval, sale disfrazada vaya a saber de qué...

Macanudos momentos

Son momentos macanudos. Sin grupo, se viven unos minutos que valen en viento lo que pesan en la historia patria. La gente espera acontecimientos notables con la sonrisa en los labios. Por la noche, el centro, poco después que había corrido la noticia de la declaración de estado de sitio, las calles del centro, digo, estaban llenas de pebetas que cruzaban heroicamente mirando asombradas tanto acumulación de peatones.

Con un doctor en química, el señor Celso, y el vicepresidente del centro de estudiantes de Farmacia, cruzamos la Plaza de Mayo frente a la Casa Rosada. Habían desaparecido los colectivos; algunos cosacos cruzaban la plaza encima de sus matungos que más querían aplastar que cargar sobre el público; y allí había algo así como el vacío que deja una ametralladora al barrer en abanico. La casa de gobierno cerrada como un inquilinato clausurado por la municipalidad porque los techos o las cloacas no están en ordenanza, era el punto de mira de varias zanahorias que decían:

-Ahí dentro están las ametralladoras.

Plantamos y nos metimos por Rivadavia.

Prudencia comercial

No me cansaré de alabar o admirar la prudencia de los traficantes, de los bolicheros, incluso de los lustrabotas, pues hasta el último reo que la labura de refaccionador terreno, había clausurado el zaguán, temeroso de una biaba. A la altura de Carlos Pellegrini habían cerrado el tráfico. Reculamos y nos metimos en el Tortoní. Todas las mesas ocupadas. Le dije al químico amigo:

- Vea, este es un café ideal para meter la mula, pues se entra por Avenida y se sale por Rivadavia o viceversa.

Las mesas estaban llenas de tiras que carpetiaban un drama imposible. Salimos, y entonces observamos que todos los balcones estaban llenos de gente que esperaba el panorama de un tiroteo barato.

Redacción del diario

Escribo nerviosamente, tratando de acaparar impresiones que se pientan fugitivas entre los campanilleos telefónicos que baten rumores. Todo el mundo está en su puesto. Se esperan noticias oficiales que no llegan. Los rumores llueven cada dos minutos. Las tropas se sublevan, no se sublevan... No se sabe ni medio. No se sabe. El teléfono que llama y los redactores con jeta de misterio, le chimentan a uno, a las doce de la noche, que el estado de sitio ha sido declarado. Luego, otro llamado. Han encanado a un fotógrafo. A dos fotógrafos. Nuevamente la campanilla. Todas las cabezas se levantan. Hay noticias espeluznantes. ¡La revolución está sofocada! ¡sofocariola!...

He venido por la calle, y he visto autos ocupados de pesquisas correr a vendedores de diarios y secuestrarles la edición de Crítica. Los pebetes rajaban; luego se detenían y les sacaban el diario. Nada más. Las calles están desiertas. Se tiene una impresión extraña, y digo que tengo una impresión extraña porque cuando salí eran las nueve y media y en las vías se observaba esa lustrosa soledad que pulimenta el julepe, las fachadas iluminadas al soslayo por faroles y las puertas bien cerradas, como diciendo:

- Y ahora, que se hunda el planeta.

Hacia el diario

Me encontré con otro redactor que, por Río de Janeiro, iba hacia el diario.

- ¿Qué hacés?

- Y voy, che, no sea que esta noche nos asalten en son de pesto... no me gustaría no estar.

- Tenés razón... hay que estar...

Hemos seguido caminando con aire de conspiradores. Sabemos perfectamente que no nos va a ocurrir ni medio, pero es agradable hacerse la ilusión de que pueden encarcelarlo a uno. Es agradable y anecdótico. Le presta a la vida cierta impresión novelesca.

Otro llamado telefónico. Grita un redactor:

- ¡Ha sido secuestrada la edición de La Fronda!

Nos miramos todos con cara de noche de San Bartolomé. Y nos decimos:

- Mirá si se arma la gorda.

El director salta:

- No se arma nada, a trabajar, muchachos...

Para el presidente del directorio de la empresa ¡macanudo! Esto se mueve. Ha desaparecido la monotonía esgufiadora del cotidiano práctico. No se sabe nada de nada, y eso es suficiente para amenizar la vida.

CÓMO PODEMOS ESCRIBIR ASÍ (13 de septiembre)

OSCAR- El tema es muy cabrero y no se puede tocar no por broma. Mandá algo redactado en ese estilo runfla: carpetiá algún panitruco y desarrollalo; hacéle la psicología, y mandalo a la cocina que va a pasar.

N.A.F.B- Menos que menos. ¿Está usted loco, socio? ¿No se da cuenta que lo que usted pretende es la clausura del bodegón donde paramos nosotros la olla? Hágase revisar la sesera que usted no sintoniza en forma. Esos tiempos se fueron para no volver .

Cómo podemos escribir así

Se me ocurre que han llegado los tiempos de escribir así: Viene la primavera y vuelan los pajaritos. ¡Ay, ay ay! ¡Qué lindo es mirar el cielo y las mariposas que vuelan! ¡Qué lindo! ¡Ay, ay, ay! Mi mamá me lleva de la mano a pasear al jardín. Hay niños jugando en el jardín y mariposas de pintados colores. Los pajaritos hacen pío y pío y el pastito es verde. Tan verde que dan ganas de comerlo en el desayuno; y ¡qué lindos son los colores de mi cielo! ¡Ay! Tan tan rataplán, plan, plan, plan. Si da gusto vivir de esta manera. Las mariposas vuelan... vuelan las mariposas, los pajaritos hacen pío pío... pío pío hacen los pajaritos...

¡Horror! ¿Podrá pasar esto? El redactor, mísero y compungido, brncoso y con ganas de presentar la renuncia, carpeteaba el espacio, la redacción y el artículo, se husmeaba y dice

para su colete:

- Vuelan las mariposas de pintados colores.

Vuelan las mariposas de pintados colores... ¿No atentará contra el estado esta frase? Vuelan... los aeroplanos también vuelan... ¿No podrá parecerle al director una frase de doble sentido esta: vuelan los pajaritos...? No ¿qué pajaritos? Las mariposas de pintados colores... pintados colores... pintados... pintados quiere decir pintados... este párrafo está bien... y los pajaritos hacen pío pío... ¿No confundirá la censura a los pajaritos que hacen pío pío con los soldados del escuadrón? ¡Horror! Escribí la palabra censura, ¿quién dijo censura?, ¿dónde hay censura? Pero no. A ver. Cómo la va a haber si se puede escribir:

- Vuelan las mariposas de pintados colores. Mi mamá me lleva de la mano a pasear unto al jardín. Es evidente que esta frase no pertenece a la misión histórica no al período regiminoso.

También se puede escribir de esta otra manera:

Los arquitrabes enjundiosos, plantean oníricas telepatías; las que sumadas a la histesis del clímax, reactivan perínclitos telémetros. Toda una belleza nodular enchapa el pleroma de conjuntivas irradiadas.

A vender bananas

Otra cosa que se me ocurre que podemos hacer los que escribimos, es dedicarnos a vender bananas o al tráfico de la verdura. La verdura es de suma utilidad para los hombres. La verdura es refrescante. La verdura adorna la mesa. La verdura pone de manifiesto la prosperidad de un pueblo. La gente pata, morfa carne; los que tienen vento se la tiran de vegetarianos. ¡A vender verduras, entonces, muchachos!

Realmente el espectáculo de los literatos redaccioneros mercado verdura, no resulta del todo antiestético. Por ejemplo, imaginémoslo a Julio R. Barcos vendiendo zapallos. Al señor Elías Castelnuovo, amigo y todo, mercanchifleando tomates y ajíes; al benemérito Leónidas Barletta rifando zanahorias; a Roberto Mariani, pregonando batatas. Imaginémonos el espectáculo y no resulta del todo desagradable. La literatura ganaría, desde luego, con unos escritores realistas, y los anales de la verdulería también, pues escritores como los nombrados

vendiendo alfalfa, incitan al pueblo soberano a comerla... y en abundancia.

También se me ocurre (a medida que uno escribe, las cosas salen) que podemos nosotros, los escritores, hacer el elogio de la verdura. De la hermosa verdura. Del verde. De los prados. De las grandes extensiones de tierra con habilitación para pastoreo. Y dedicarnos a sembrar papas y alfalfa. Cosa que no sería nueva porque ya Tolstoi lo hizo. Sembrar alfalfa en Yasnaia Polaina. En fin... volvamos a la canzoneta:

- Viene la primavera y vuelan los pajaritos... ¡Ay, ay, ay! ¡Qué lindo es mirar el cielo y las mariposas que vuelan!

Aunque, hablando en serio, la primavera se viene dende veras.

Otro de los oficios a que también se pueden dedicar los literatos de tribuna, es a acaparar cosas baratas. De unos días a esta parte todo el mundo busca casa barata. No se sabe por qué a la gente o a cierta gente, le ha dado por la práctica de la virtud, de una virtud: la economía... Y como a quien le ha faltado tiempo para practicarla, se han lanzado a la calle a demostrar que están dispuestos a cambiar de vida tan radicalmente, que causa espanto y asombro este amor a la virtud.

Los propietarios están perplejos ante la cotización que, día a día, alcanzan sus covachas asquerosas. Uno me dijo, o le dijo a un amigo, o no le dijo a nadie:

- Una casa barata, es tener hoy oro en polvo.

Y así nomás es.

‘En fin’, como dice la gente cuando ya no tiene nada que decir... en fin; veremos cuándo hacemos el elogio de la alfalfa.

MONÓLOGO DEL ALMACENERO CONTENTO (19 de septiembre)

Si no hay quien sostenga lo contrario, diré que estoy contento. Y si me dan la seguridad de que no me hacen comparecer ante un consejo de guerra, diré que, por mí, puede haber revolución todos los días, que no contento sino archicontento me pondré. ¡Y viva el general y todos los coroneles!

¿Por qué está contento?

No hay como la revolución para sacarle la mercadería clavo a uno. Sin grupo. Si no, déjenme que cuente.

Tenía varios kilos de tocino decomisible o gusanoso. Lo vendí. Muchas docenas de tubos inservibles por lo quebradizos los vendí como por un tubo. Tenía como dos gruesas lámparas anacrónicas. Se las fui encajando a la clientela para que 'tuviera luz para cuando no hubiera corriente'. En un rincón descubrí un quintal de las llamadas velas de baño, que la gente usaba hace más de mil años para untarse el cuerpo cuando estaba enferma. Pues las vendí no como 'velas de baño' sino como velas de iluminación. Y allí me las den todas, que viviré contento como un arcipreste. Olvidadas en los estantes, descubrí tres docenas de tramperas para pesar ratones... no faltaron clientes pobretes que se las llevaros para preparar fuagares de ratón y caviar de ratas por si la situación se prolongaba mucho tiempo y escaseaban los comestibles.

En exploración bajo un mostrador, dejadas de la mano de Dios, vislumbré tres bolsas de harina. Ayudada por una chica, dos huérfanos y un perdulario, se las llevó una vejezuela que me las pagó al contado y como si fuera harina 'tres cero'. Creo que había en las bolsas una porción de veinte por ciento de harina, ochenta por ciento de cal y otras materias blanduzcas y farináceas.

Ecurridas en un cajón y para despachárselos a los carreros y gente de menor cuantía, tenía como quince quilos de fiambre de caballo, de caballo legítimo, que yo no soy de los que dan cerdo por burro; no. Entre la viuda de un capitán de fragata y los huérfanos de un coronelito malogrado se llevaron el fiambre, y con alegría, pues me dijeron secretamente que venían tiempos de terriblísima hambre. Y como yo soy generoso y nada mal intencionado, les vendí los burros tumefactos. ¡Que Dios y sus santos conserven en la gloria a la viuda del capitán de fragata y a los huérfanos del coronelito, que si han devorado el fiambre placero, deben haber estallado como auténticos eshranpnels!

¿Qué es lo que no he vendido en esos días? Dios mío, contéstale a este humilde servidor. Estirados en el sótano, había tres fardos de aserrín como si fuera polenta y cuaker, al menudeo, y numerosos agradecidos dicen por ahí. Que soy de lo más probo y honesto como almacenero. Tuve que poner a dos dependientes a moler ladrillos para vender canela y

pimentón. ¿Y la yerba? De la yerba no hablemos. Si una tonelada de desperdicios hubiera tenido en mi casa, una tonelada despacho por día.

De los líquidos

¿Qué diré de los líquidos? He vendido todas las latas de kerosén vacías para estibar agua; incluso me dijeron que una señora de enfrente de mi negocio había llenado la bañera de agua para precaverse de una posible muerte de sed. La voz corrió por el barrio y, en menos de los que canta un borracho, negocié a peso de oro cuando tacho vacío había por los desvanes, sótano y techos de las cocinas, pues no todo el mundo tiene bañera en su casa...

¿Qué diré del petróleo? Si un pozo de Comodoro Rivadavia tuviese en mi casa, el pozo entero rifo. Inútil fue que lo bautizara al petróleo y que lo volviera buen cristiano, como lo soy yo, su patrón: el bautismo no asegura el perpetuo crecimiento de la mercadería y he tenido que conformarme con agregarle tres cuartos litros de agua a un litro de kerosén. Y aunque se me descompuso la balanza y vendía al pulso, han sido inútiles todos mis esfuerzos para frenar ese afán de acaparamiento que se apoderó de la gente, pues familias hubieron que, de venderles tofo lo que me pedían, se llevaban casi el almacén, y no era posible dejar disconforme a todo el mundo... sobre todo que conformando a todo el mundo yo ganaba mucho más .

No diré que he aguado el vino, porque eso es una redundancia de mal gusto, pero me río yo de Jesús que convirtió el agua en vino, porque si él hizo ese milagro, yo realicé el otro de convertir el vino en agua de tal manera que no le reconociera el más sagacísimo curdelón...

¿Qué diré de los contravenenos? Con alcohol de quemar he preparado verdaderas cubas de rhon, de ginebra, de caña, de whisky, de guindados, etc. que con el julepe que tenía la gente, todo el mundo necesitaba calafatear el estómago con algo espirituoso.

En fin, he hecho milagros. Clavos que tenían años y años de oscurísima existencia, desaparecieron definitivamente de mi despensa. Me atrevo a asegurar, bajo palabra de honor, que ahora sí puedo permitirme el lujo de 'remodernizar' y de convertir mi tugurio de boliche en 'rotisería', que es una especie de ladronera donde la gente paga diez lo que en realidad y en cualquier parte vale cinco. En fin ¡quiera Dios que todos los meses haya una

revolución!

SOLILOQUIO DE UN EX DIPUTADO (3 de octubre)

¿Y a quién engaño ahora yo?

Si bien es cierto que apenas sé leer y escribir, y he hecho mi carrera gritando como un energúmeno: ¡viva el doctor!, que ladrando eso se llegaba a todas partes, un problema se plantea en mi vida de pillete redomado y de sinvergüenza suertudo, y es determinar en qué partido puedo ingresar para ser nuevamente electo representante de ese burro de mil cabezas que se llama 'pueblo soberano'.

Inconvenientes

Dije que el pueblo soberano era un burro de mil cabezas y no he estado desacertado porque, para engañarlo, bastaba decirle, por ejemplo, que nosotros los radicales haríamos llover perdices asadas si nos elegían. O gritar:

-Somos unos bandoleros, los más auténticos y genuinos asaltantes que se hayan conocido en la vida pública- para que la gente, loca de entusiasmo, nos llevara en andas y gritara a garganta pelada, que éramos los salvadores de la patria.

¡Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos! Me acuerdo que una vez fui en misión por el interior para decir a los paisanos que nos votaran. Mi jefe, un doctor auténtico, me dijo:

-Si los quiere engrupir bien, utilice únicamente palabras difíciles. ¡Qué fenómeno, Dios mío! Yo hablaba y los paisanos me abrazaban de la emoción. Cuando largué eso de 'nuestros intangibles ideales' produjo tal efecto que hasta una señora tuvo familia.

En otras partes, me jactaba de que mi padre había sido basurero:

-Porque mi padre ha juntado basura -decía- porque mi madre andaba todo el día con el hocico en la roña. Yo soy hijo del pueblo.

Con esa cantinela, le hacíamos la competencia a los socialistas independientes.

Recuerdo que decidí el resultado de una elección rabiosa terminando un discurso con un

gesto insinuante para nuestros adversarios. El pueblo soberano que asistía a la conferencia, se entusiasmó tanto que algunos salieron rebuznando alegremente. Otros se pusieron a pastar en los potreros próximos y costó trabajo convencerlos que no diezmaran el alfalfa del ganado. Yo dije que apenas sabía leer y escribir, pero pronto me adapté a las circunstancias al comprender que engañar al pueblo cuesta poco cuando el pueblo, lo que quiere, es que lo engañen.

Pero ahora

Y cuando menos lo esperábamos, se nos viene una avalancha de espadas y hemos quedado en la peor de las situaciones, pues de continuar siendo radicales se va al muere seguro; en la suposición de que el pueblo soberano tenga derecho a elegir sus representantes, los podrá elegir a todos menos a nosotros que hemos dejado de ser intangibles.

Quedan entonces cuatro partidos. El socialista viejo, el socialista independiente, los radicales antipersonalistas y los conservadores.

Con los socialistas viejos no hay nada que hacer, no me admitirán.

Los socialistas independientes se llevan mis preferencias porque allí se encuentran los verdaderos audaces de la política. Hay un hijo de lavandera que me haría la competencia a mí, hijo de basurero. Aunque la lavandera y el basurero no son incompatibles, en cambio, no nos entenderíamos nosotros. Además, los primeros cadáveres políticos son los independientes. Quisieron ser tan independientes que se van a quedar solos. ¡Vade retro! Con esos burgueses, mezcla de asaltantes, de abogados, anarquistas y picapleitos, es mejor no tener trato. Además, cualquier día los fusilan por la espalda.

Quedan los antipersonalistas. Los antipersonalistas no son ni chicha ni limonada. Además no tienen razón de ser. Podían ser antipersonalistas cuando el viejo estaba en el candelero, pero hoy... antipersonalistas ¿de quién?, ¿contra qué persona? Además, qué radicales personalistas y antipersonalistas... en el fondo es el mismo burro con distinta camiseta.

Los conservadores. Los conservadores no aceptan afiliados nuevos.

¿Qué me queda? El partido de Salud Pública de Genaro Giacobini.

Y si Giacobini

¡Y si el inefable Genaro Giacobini tuviera razón! ¡Genaro, Genaro! A nadie se le puede ocurrir que Genaro es un hombre ruso o escandinavo. Esta seguridad no deja de constituir una garantía. Giacobini. Tampoco, el apellido es nórdico. La garantía se transforma en una posibilidad que todos los italianos aficionados al 'hon vin' lo voten a Giacobini. Además el nombre del partido le hace pensar involuntariamente a los afiliados que tienen derecho a asistencia médica gratuita.

¡Y si me metiera en el partido del gran Jacobito! ¡Ser o no ser! ¡Partido de Salud Pública! ¡Con asistencia médica gratuita y enterramiento regalado! Es un partido destinado a tener porvenir. Los cajones mortuorios se pueden fabricar con los de nafta y querosén. A cada afiliado se le puede regalar un ataúd. Fabricándolos en serie vienen a costar baratísimos. Tendré que pensarlo. El caso es ser diputado nuevamente.